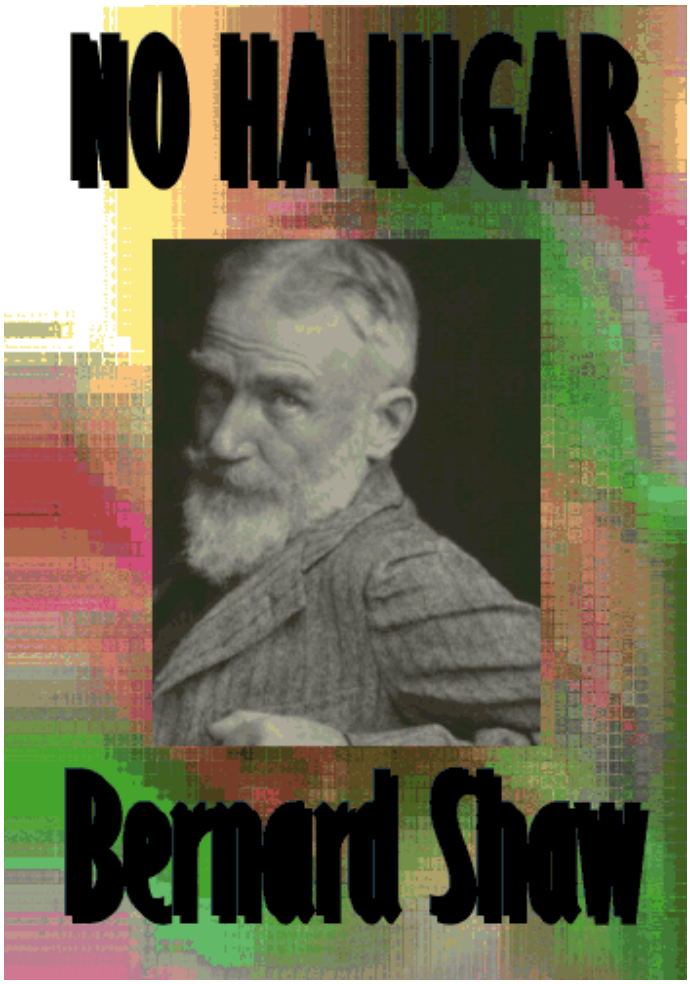
LIBRO dot.com

NO HA LUGAR

(1912)

Bernard Shaw



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PREFACIO A “NO HA LUGAR”

LA MITIGACIÓN DE LA MONOGAMIA

Esta obra no representa un argumento a favor ni en contra de la poligamia. Es un estudio clínico sobre cómo esta cuestión tiene lugar entre las personas más comunes, inocentes del comportamiento inadecuado del que se les acusa. Una enorme mayoría de los casos en la vida real concierne a personas en tal posición. Aquellos quienes en forma deliberada y conciente profesan lo que contradictoriamente es denominado una perspectiva vanguardista -por aquellos otros quienes los creen retrógrados-, son en muchos casos, y de hecho en su mayoría, las últimas personas en el mundo proclives a intervenir en algún tipo de aventura poco convencional; no sólo porque no poseen ni el tiempo ni la disposición para ello, sino porque la fricción generada entre el individuo y la comunidad debida a la expresión de cualquier punto de vista que desafíe las costumbres es lo suficientemente obstaculizadora para el hereje sin que necesite ser agravada por escándalos personales. Tal es así que el libertino teórico es generalmente una persona de una vida familiar intachable, mientras que el libertino en la práctica es implacablemente severo respecto de todos los demás libertinos, y excesivamente convencional en sus declaraciones acerca de los principios de la sociedad.

Más aún; estas manifestaciones no son hipócritas: son, en la mayoría de los casos, absolutamente sinceras. El libertino común, como el borrachín, sucumbe a una tentación que no pretende defender, y en contra de la cual advierte a otras personas con una seriedad que es proporcional a la intensidad de su propia compunción. Él (o ella) resultaría un mentiroso y un charlatán si creyera ser mejor que los libertinos confesos, y reclamase por su correspondiente castigo; pero no sería otra cosa que un simple mecanismo de autodefensa. Ninguna persona razonable espera que un ladrón declare sus intenciones, o que se abstenga de unirse al grito de *detengan al ladrón* cuando la policía está en persecución de otro malhechor. Si la sociedad opta por penalizar la ingenuidad, deberá agradecer a ello en caso de que tal ataque sea contrarrestado por la falsedad. La clamorosa virtud del libertino es, entonces, tan hipócrita como el alegato de inocencia que se le permite a cualquier criminal. Pero uno de los resultados es que los teóricos quienes escriben del modo más sincero y favorable acerca de la poligamia son los que menos conocen al respecto; y los practicantes, quienes más saben sobre el tema, se reservan muy celosamente sus conocimientos para sí mismos. Lo cual difícilmente sea justo para la práctica.

INACCESIBILIDAD DE LOS HECHOS

Asimismo, es imposible estimar su vigencia. Una práctica sobre la que nadie confiesa será tanto universal como insospechada, del mismo modo que se desconocería sobre la existencia de una virtud que todo el mundo pudiera declarar pero bajo el riesgo de recibir duras penas. A menudo se supone -de hecho, es la suposición oficial de las iglesias y tribunales de familia- que un caballero y una dama no pueden estar juntos, sin otra persona alrededor, inocentemente. Y eso es una manifiesta y evidente insensatez, aunque muchas mujeres han resultado lapidadas en el este, y divorciadas en el oeste, en razón de ello. Por otro lado, la existencia de gente ingenua y convencional que considera las aventuras amorosas como crímenes de naturaleza tan horrorosa que sólo los más depravados y desesperados individuos se verían envueltos en ellas o escucharían argumentos en su favor

sin dar alarma con la más escandalosa indignación, es un claro ejemplo del hecho de que la mayor parte de los núcleos sociales desconoce sobre la presencia de los demás núcleos.

La industria es el escollo más efectivo para el galanteo. Puede que las mujeres sean, como ha dicho Napoleón, el entretenimiento de los hombres ociosos, del mismo modo que los hombres pueden ser la preocupación de las mujeres ociosas; pero la gran masa del género humano está demasiado ocupada y es demasiado pobre como para afrontar el prolongado y costoso asedio con que el libertino confeso hostiga a la virtud. Aun así, dondequiera que exista la ociosidad o incluso una proporción razonable de elegante vagancia, habrá también una buena cantidad de coqueteo y amoríos. Es mucho más grato bailar al borde de un precipicio que insistir acerca de que una sociedad sin preocupaciones está llena de gente que invierte gran parte de su vida en coqueteos, y no esconde otra cosa que el humillante secreto de que jamás ha transgredido ese límite. Pues no hay conformidad en cuestiones de reputación dentro de este dominio: cualquier insulto es un halago; cualquier testimonio es una detracción: Joseph es despreciado y promovido, la esposa de Potiphar es admirada y condenada: en resumidas cuentas, nunca está uno sobre tierra firme hasta que renuncia totalmente a la cuestión. Existe un continuo e irreconciliable conflicto entre la postura natural y la convencional, entre las relaciones humanas espontáneas ocurridas entre hombres y mujeres independientes, por un lado, y la relación formal entre marido y mujer, por otro; sin siquiera mencionar la confusión entre el concepto de amor, entendido como una generosa atracción natural e interés, y los celos sanguinarios que atrapan y aprisionan a la pareja (especialmente a una pareja que se detesta), como lo hace un tigre con el cadáver de su presa. Y la confusión es natural; pues estos extremos son extremos de una misma pasión; la mayoría de los casos encajan en alguna parte de la escala entre ambos, y se ven tan dificultados por ordinarias simpatías y antipatías, por casuales heridas o gratificaciones al orgullo y otros sentimientos por el estilo, que A estará celoso de B y no de C, y tolerará infidelidades por parte de D, mientras que éstas lo enfurecerán sobremanera si son cometidas por E.

LA CONVENCIÓN DE LOS CELOS

El argumento de que los celos son independientes del sexo es apoyado por la intensidad con que estos se manifiestan en los niños, y por el hecho de que la gente verdaderamente celosa lo está de cualquier persona sin importar la relación o el sexo, y no tolera escucharle hablar “amorosamente” acerca de nadie y bajo ninguna circunstancia (muchas mujeres, por ejemplo, se sienten mucho más celosas de las madres y hermanas de sus esposos que de otras mujeres sin tales lazos y con las que, sospechan, ellos podrían fantasear); pero difícilmente sea posible, en la práctica, disociar estas dos pasiones. Además, los celos son una pasión inculcada, impuesta por la sociedad a individuos en los que por sí mismos no tendría lugar espontáneamente. En el *Bourgeois aux Champs* de Brieux, el benevolente héroe se encuentra con que es odiado por los campesinos y granjeros de la zona, no debido a que siguiera el juego y colocara trampas para los cazadores furtivos, defendiendo su derecho legal sobre la tierra hasta el punto más extremo de salvajismo antisociable, sino porque, siendo una persona amable y de espíritu solidario, se negaba a hacerlo, ofendiendo y desmereciendo así el sentido de propiedad de sus vecinos. Lo mismo puede aplicarse a los celos matrimoniales; el hombre que no pretenda, al menos, ser víctima de ellos y se comporte tan gravemente como si realmente los sintiera, será despreciado e insultado.

Librodot

Muchos hombres han disparado o apuñalado a un amigo, o han sido heridos de bala o apuñalados por ellos en un duelo, o se han desgraciado a sí mismos y arruinado a sus esposas en el escándalo del divorcio, contra su conciencia, contra sus instintos, hasta el punto de destruir un hogar, únicamente porque la sociedad, conspirando, lo alentaba a adoptar su propia y más baja moralidad de una forma tan miserable e indigna como esa.

La moralidad es equívoca en tales cuestiones. En el ámbito de una plutocracia elegante, un esposo celoso es considerado aburrido. Entre los comerciantes que proveen de alimento a esa plutocracia, un esposo que resulte no ser celoso y se abstenga de atacar a sus rivales a golpes de puño, es visto como un ridículo, despreciable y cobarde cornudo. Y la clase trabajadora se divide en una sección respetable que opta por el enfoque del comerciante, y una sección deshonrosa que disfruta de las licencias de la plutocracia pero sin contar con el dinero para ello: arrastrándose por debajo de la ley del mismo modo que sus ejemplares legítimos cabalgan por sobre ella; derribando de un tajo cualquier resto de respetabilidad e incluso decencia, y aceptando con franqueza la miseria y el descrédito como el precio a pagar por esa anárquica autoindulgencia. El conflicto entre Malvolio y Sir Toby, entre el marqués y el burgués, el galán y el puritano, el asceta y el sibarita, mantiene continuamente su curso, y lo hace no sólo entre clase y clase y entre individuo e individuo, sino en el seno mismo de una serie de reacciones y aversiones en la que lo irresistible se torna intolerable, y viceversa, hasta que ninguno de nosotros es capaz de asegurar qué partido toma nuestra idiosincrasia respecto del asunto.

LA INFORMACIÓN PERDIDA DE UNA HISTORIA NATURAL Y CIENTÍFICA DEL MATRIMONIO

De una cosa estoy persuadido: nunca debemos exponer a un público razonable y saludable nuestra opinión sobre cuestiones de sexo hasta haber ofrecido, como referencias para esa opinión, nuestra verdadera conducta y nuestros pensamientos reales en lugar de una ficción moral que convenimos en denominar como comportamiento virtuoso, y lo cual -aquí está el daño- pretendemos, entonces, representa nuestra verdadera conducta y pensamientos. Si el resultado fuera que cada uno de nosotros cree al otro mejor de lo que en realidad es, quizás existiría algo para decir a favor de ello; mas el verdadero resultado parece ser una monstruosa exageración del poder y la continuidad de la pasión sexual. El mundo entero comparte el destino de Lucrezia Borgia, quien, si bien conforme a las investigaciones parecía ser una esposa muy adecuada para un obispo británico moderno, ha sido investida por el imaginario popular histórico con todas las extravagancias de una Messalina o una Cenci. Los escritores de las *belles letters*, quienes son lo suficientemente arrojados como para admitir que su vida no se basa en un constante prejuicio hacia los adorados miembros del sexo opuesto, y quienes aprueban incluso la observación de La Rochefoucauld acerca de que son muy pocas las personas que jamás se imaginarían a ellas mismas enamoradas si nunca han leído algo sobre el tema, son severamente acusados por los críticos de anormales o físicamente defectuosos, y de promover la vagancia y pronunciarse en contra de la domesticación. Los autores franceses de carácter devoto se ven obligados a incluir en los séquitos a condesas de ardiente temperamento con quien se está destinado a vivir en el pecado. Las controversias sentimentales en torno a ello son inagotables; pero inútiles, pues nadie dice la verdad. Rousseau lo hizo mediante un extraordinario esfuerzo, ayudado por su facultad sobrehumana para la historia, pero el

Librodot

resultado fue curiosamente desconcertante, ya que, aunque los hechos eran tan escandalosos que la gente suponía que debían ser considerados como una cuestión realmente significativa, no se les dio en verdad mayor trascendencia. E incluso así todos aparentaban no creerle.

RETRIBUCIÓN ARTIFICIAL

Lo peor de todo es que los chismosos, que quizás tienen mejor gusto que el normal para las informalidades, procuran continuamente que las cosas insignificantes sean consideradas con real seriedad como contrarias a las convenciones, mediante el procedimiento de injuriar deliberadamente -en ocasiones con injurias atroces- a las partes involucradas. Poca gente conoce de los salvajes castigos que se infligen legalmente debido a engaños y disparates sobre los cuales ninguna comunidad sanamente instruida volvería la menor atención. Nosotros creamos una moralidad artificial, y en consecuencia una conciencia artificial, mediante la elaboración de desastrosas consecuencias para sucesos que, librados a su propia suerte, provocarían un daño mínimo (en ocasiones ninguno) y serían olvidados a los pocos días.

Pero no ha, por ello, de condenarse anticipadamente a la moralidad artificial. En muchos casos puede prevenir un mal en lugar de generarlo: por ejemplo, aun cuando el ahorcamiento de un asesino es la duplicación de un crimen, quizás resulte menos cruel que abandonar la suerte del caso a una venganza de sangre o una *vendetta*. Mientras la naturaleza humana insista en la venganza, la organización y satisfacción oficial de la venganza a través del Estado será también el modo de minimizarla. El daño comienza cuando la venganza oficial persiste aun después de que la pasión a la que satisfizo ha sido quitada de la escena. Lapidar a una mujer en el este debido a su atrevimiento de volver a casarse luego de ser abandonada por su esposo, acaso sea más piadoso que permitir que una multitud la ataque a muerte; pero la lapidación o la muerte en la hoguera, castigos oficiales en el oeste correspondientes al adulterio, resultan atroces, pues muy pocos de entre nosotros desprecian el adulterio hasta el extremo de aprobar una pena semejante, o de estar preparado para hacer justicia por mano propia si aquella no fuera impuesta. Ahora, lo que se aplica para este caso extremo se aplica también, en su debida medida, para los demás casos. Ofensas en las que el sexo está involucrado son a menudo magnificadas innecesariamente por los castigos, comprendiendo estos desde las formas más variadas de ostracismo social hasta las penas más prolongadas de trabajos forzados, las cuales se verían monstruosamente desproporcionadas respecto del verdadero sentimiento hacia ellas si la remoción de ambos castigos y del tabú en torno a la cuestión nos hicieran posible determinar su verdadera dimensión y gravedad. Afortunadamente, aún existe un refugio para la verdad. Tenemos la alternativa de discutir en tono de broma lo que no nos es posible discutir con seriedad. Una comedia formal acerca del sexo es tabú: una comedia burlesca queda excusada.

EL TEMA PREFERIDO DE LAS COMEDIAS BURLESCAS

La pequeña pieza que continúa a este prefacio toma, en consecuencia, la forma de una comedia burlesca, puesto que se trata de una contribución a la muy vasta literatura dramática que incorpora como eje fundamental los amoríos de la gente casada. El teatro ha

Librodot

abordado este asunto durante siglos, no solo dentro de la veta satírica de la *Restoration Comedy* y la comedia del *Palais Royal*, sino con la más trágica visión del adulterio ofrecida por la escuela parisina, que predominó sobre los escenarios hasta que Ibsen les quitara su acogimiento y los relegara a su verdadero lugar como artículos de comercio. Su prolongada vigencia en esa posición ha mantenido la tradición de que el adulterio es el tema dramático por excelencia, y de que cualquier obra teatral que no trate al respecto no puede ser calificada en absoluto como tal. Se me ha considerado un heresiarca de la más extravagante calaña cuando, en los comienzos de mi carrera como autor dramático, expresé la opinión de que el adulterio es el tema menos entretenido que puede desarrollarse sobre los escenarios, y de que, partiendo desde Francesca y Paolo hasta llegar a la más reciente pareja culposa de la escuela de Dumas, los adúlteros románticos han sido en su totalidad insoportablemente aburridos.

LA REPRESENTACIÓN PSEUDO SEXUAL

Más tarde, he tenido ocasión de indicarle a quienes defendían que el sexo era el tema más conveniente para el drama que, aunque ellos estaban acertados al valorarlo como un tema de sumo interés, se equivocaban al asumir que el sexo era una razón indispensable en las obras populares. Las obras de Moliere están, al igual que las novelas del período Victoriano o el *Don Quijote*, tan intrínsecamente libres de sexo como puede estarlo cualquier cosa que no sea absolutamente inhumana; y algunas obras de Shakespeare se asemejan, en el plano de lo sexual, a los censos: contienen tanto hombres como mujeres, y eso es todo. Era necesario admitir esto; pero de todos modos ha perseverado la afirmación de que las obras de la escuela parisina del siglo XIX están, en contraste con las obras maestras puritanas, saturadas de sexo; aserción a la que me he opuesto categóricamente. Una obra acerca de la convención de que un hombre debe batirse en duelo o entrarle a golpes al amante de su esposa, en caso de que lo tuviera, o la convención de que debería estrangularla a ella como Otelo, o echarla de la casa y no verla más ni permitirle volver a ver jamás a sus hijos, o la convención de que ninguna persona decente podría volver a dirigirle a ella la palabra y que finalmente debería recluirse a sí misma, o la convención de que las personas involucradas en escenas de recriminación o confesión deberían, también por convención, dirigirse entre ellas con ciertos términos injuriantes y describir su conducta en términos de culpa y debilidad, y así sucesivamente: todo ello resultará un buen material para representaciones muy impresionantes; mas tales representaciones no son estudios dramáticos sobre el sexo: de la misma forma uno podría decir que *Romeo y Julieta* constituye un estudio dramático sobre la farmacología, puesto que la catástrofe es propiciada por un boticario. Lo duelos no significan sexo; los casos de divorcio no significan sexo; el gremialismo de las mujeres casadas no significa sexo. Sólo la más insignificante fracción de los amoríos de la gente casada genera algún resultado convencional; y las obras que se ocupan únicamente de los resultados convencionales son, por tanto, del todo insatisfactorias como ensayos acerca del sexo, independientemente de cuán interesantes puedan resultar como obras de intriga y enredos.

El mundo esta comprendiendo esto rápidamente. Los escritos del Sunday, que en aquellos días en que parecían ser prácticamente exclusivos de la clase media baja eran escrutados con una inteligencia casi policial, y especialmente en los casos de divorcio y homicidio, gozan ahora de la más absoluta ecuanimidad; y los archivos policiales, confinados

Librodot

enteramente a sus propios asuntos, y que en algún tiempo eran leídos ansiosamente, han caído en la indiferencia, producto de la puerilidad esencial de sus temas. Y aun así, el interés en el sexo es más fuerte que nunca: de hecho, la literatura que ha generado el periodismo volcado a los juicios de divorcio es una literatura que se ocupa del sexo con una magnitud, intimidad y franqueza que les hubiera parecido completamente imposible a Thackeray o a Dickens si se les hubiera dicho que tales cambios tendrían lugar en el lapso de cincuenta años desde aquel momento.

ARTE Y MORALIDAD

Es imposible afirmar, tal como lo hacen los irreflexivos indoctos en el arte, que éste último nada tiene que ver con la moralidad. Lo que sí es cierto es que la ocupación del artista no es la misma que la del policía; y que organismos artificiales y trabajos sacrificados tales como los que se ocupan de divorcios y ejecuciones, y las operaciones detectivescas que conducen a ellos, no son parte esencial de la vida, si bien, al igual que los venenos, los despeñaderos resbaladizos y ciertas plantas espinosas, proveen del material para abundantes historias estremecedoras o entretenidas, adecuadas para personas incapaces de interesarse por la sicología. Pero los buenos artistas deben mantener a los policías fuera de sus estudios sobre sexo y crimen. Es debido a la nerviosa recurrencia a los policías como la mayoría de las obras seudo sexuales me convencieron de que sus autores jamás han atravesado una experiencia personal seria sobre tal tema, o bien de que nunca han considerado posible que las representaciones teatrales pudieran reproducir el fenómeno del sexo tal y como se encuentra en la naturaleza.

LAS LIMITACIONES DE LA REPRESENTACIÓN TEATRAL

No obstante, el teatro permite fenómenos mucho más estremecedores que el sexo. Existe, por supuesto, un sentido en el que no puede presentarse el tema del sexo sobre el escenario, del mismo modo que no puede cometerse allí un asesinato real. Macbeth no presentaba realmente mejores razones para matar a Duncan que las que Macduff tuvo para ultimarlo a él. Pero los sentimientos de un asesino pueden ser expresados mediante cierta convención artística; y un ejercicio con espadas cuidadosamente ensayado quizás logre causar la suficiente impresión de veracidad como para que la voluntariosa imaginación de los espectadores más jóvenes lo acepte como un violento combate.

La tragedia del amor ha sido llevada al escenario de la misma forma. En *Tristán e Isolda*, el telón no se alza, como en *Romeo y Julieta,* junto con el bullicio: toda la noche de amor es interpretada ante los espectadores. Los amantes no discuten sobre el matrimonio de un modo elegante y sentimental: ellos manifiestan las visiones y emociones que experimentan los amantes en los momentos culminantes del amor, despojándose por completo de la idea de que existen en el mundo cosas tales como esposos y abogados, códigos entre duelistas y teorías sobre el pecado, nociones sobre la propiedad y todas las demás irrelevancias que procuran ese material trillado e insustancial para nuestras, según se las llama, comedias apasionadas.

MOJIGATERÍAS DEL TEATRO FRANCÉS

Librodot

Existen límites para toda representación teatral. Si Macduff tuviera que apuñalar allí mismo a Macbeth, el espectáculo hubiese resultado intolerable; e incluso esa simulación que permitimos sobre nuestros proscenios es ridículamente destructiva para la ilusión de la escena. Sin embargo los pugilistas y gladiadores realmente combatirían y se darían muerte ante el público sin fingirlo, incluso tratándose de un espectáculo por dinero. Pero ninguna pareja de amantes que cuente con un mínimo de delicadeza podría tolerar ser observada. En Inglaterra, acostumbrados como estamos a considerar el teatro francés mucho más licencioso que el británico, siempre nos sorprendemos y extraviamos al descubrir, como puede sucedernos cualquier día si logramos ponernos al alcance de esa información, que los actores franceses muy a menudo se escandalizan por lo que denominan la indecencia del teatro inglés, y que las actrices francesas, quienes reclaman mayor permisividad para interpretar sus instintos sexuales de la que el teatro francés admite, llevan a cabo sus aprendizajes y formación sobre escenarios ingleses. El teatro alemán y el ruso están en una relación similar al francés y quizás, en mayor o menor medida, también así todo el teatro latino. La razón estriba en que, en parte por un deseo de respeto hacia el teatro, en parte debido a una suerte de respeto también por el arte en general que los mueve a acordar privilegios morales para los artistas, en parte por la muy objetable tradición de que el dominio del arte está en Alsacia y que la contemplación de las obras de arte es un descanso de la carga que conlleva la virtud, en parte debido a que la mojigatería francesa no se sujeta a las mismas conductas que la mojigatería británica, y a que maneja un código distinto respecto de lo mencionable y lo inmencionable, y por otras muchas razones, el francés tolera obras que no serán jamás representadas en Inglaterra sino hasta que hayan sido arruinadas mediante algún proceso de expurgo; con todo, el gusto francés es mucho más exigente que el nuestro en cuanto a la exhibición y tratamiento en escena de las circunstancias físicas del sexo. En el teatro francés, un beso es una convención tan obvia como la puñalada por debajo del brazo con la que Macduff liquida a Macbeth. Ésta es incluso una ceremonia intencionalmente poco convincente: los actores más bien insisten en que no es posible para ningún espectador el confundir un beso sobre el escenario con uno real. En Inglaterra, por el contrario, el realismo es llevado a tal punto que nadie, a excepción de quienes lo están interpretando, puede percibir que las caricias no son genuinas. Y en este sentido el teatro inglés tiene la razón; pues ante cualquier incertidumbre que pudiera surgir acerca de cuáles sucesos son apropiados o no para su representación, mi experiencia como aficionado al teatro no me deja dudas de que una vez que se haya decidido representar un suceso, éste será ofensivo, independientemente de que se trate de una plegaria o un beso, a menos que se lo interprete con una convincente apariencia de sinceridad.

NUESTROS NADA ILUSORIOS DECORADOS

Por ejemplo, la principal objeción que se le dirige al uso de escenarios ilusorios (en la mayoría de las obras modernas los escenarios no son ilusorios; todo lo que se ve en ellos es tan real como en la sala de vuestra casa) es que no son convincentes; mientras que los escenarios imaginarios con los que la audiencia procura una plataforma o tribuna como en el teatro isabelino o el teatro griego de Sófocles, son realmente convincentes. De hecho, mientras más decorados se incluyan, menor será la ilusión creada. El autor dramático juicioso, cuando no puede obtener un realismo absoluto en la ambientación, se vuelca al

Librodot

otro extremo, y apunta a una atmósfera y a la sugestión de determinado ánimo antes que a una ilusión imitativa directa. El teatro, como lo conociera yo originalmente, era un lugar con bastidores y superficies planas que destruían tanto la atmósfera como la ilusión. Esto era tolerado, y acaso también intensamente disfrutado, pero no se debía en absoluto a que no existiera la posibilidad de algo mejor; pues todos recursos empleados en las producciones de Mr. Granville Barker, o de Max Reinhardt, o del Moscow Art Theatre estaban igualmente disponibles para Colley Cibber y Garrick, excepto la intensidad de nuestra luz artificial. Cuando Garrick presentó *Ricardo II* con gregüescos rasgados y plumas, no lo hizo porque creyera que así vestían los Plantagenets, o porque su vestuario quizás no le procurase la apariencia de un hombre del siglo XV tan fácilmente como lo haría una combinación indescriptible de los majestuosos atavíos de Jorge III con aquellos retazos de modas anteriores que a los ojos de los aficionados al teatro, por alguna razón, resultaban románticos. Era porque el encanto del teatro de aquellos tiempos se basaba en lo artificioso. Aún conserva ese encanto, no sólo para los amateurs, quienes tanto más felices son cuanto más antinatural, imposible y absurdo es todo, sino también para la audiencia en general. He visto interpretaciones de mis propias obras que me parecieron mucho más atrozmente burlescas que el Sheridan’s Critic o el Buckingham’s Rehearsal; aun así, produjeron risas y lágrimas sinceras que algunas de las más acabadas producciones metropolitanas no lograron generar. Fielding estuvo absolutamente acertado al representar a un Partridge disfrutando intensamente del proceder de su rey en *Hamlet*, pues consiguió el efecto de que nadie pensase en que el rey se trataba de un actor, resintiendo al Hamlet de Garrick debido a que podría haber sido visto como un hombre real. Con todo, nos basta simplemente con observar los retratos de Garrick para darnos cuenta de que sus representaciones hubieran sido consideradas, en la actualidad, casi tan extravagantemente dramáticas como sus vestimentas. En estos días, el intensamente real *Carmen*, de Calve, nunca pudo complacer a la muchedumbre en la misma medida que los sencillos bailes de disfraces de las jóvenes muchachas del suburbio.

REFLEJANDO LA NATURALEZA

Las artes teatrales comienzan como un intento de reflejar la naturaleza pero a través de un espejo defectuoso. Durante esta fase satisface a personas lo suficientemente inocentes como para creer que allí pueden observar cómo se ven y cómo son ellos mismos al reflejarse en un espejo realista. Naturalmente, creen que un espejo real no puede enseñarles nada. Únicamente mediante la devolución de alguna imagen monstruosa el espejo puede entretenerlos o aterrarlos. Sólo cuando maduran hasta el punto en que comprenden cuán poco saben acerca de ellos mismos, y que ellos no se ven en un espejo real de la misma forma en que los ven los demás, empieza a consumirlos una curiosidad respecto de lo que en realidad son, y comienzan a reclamar que el teatro sea un espejo de tal precisión e intensidad de iluminación que ellos puedan ser capaces de recibir destellos de sí mismos, y de entender también cómo se ven ante las demás personas.

Frente a audiencias de esta clase tan altamente desarrollada, el sexo no puede ya ser ignorado, regulado o distorsionado por los autores dramáticos que crean el espejo. Las viejas extravagancias sentimentales y los viejos descomedimientos ya no tienen ninguna utilidad. Don Giovanni y Zerlina no son descomedidos: Tristán e Isolda nos son ni extravagantes ni sentimentales. Ellos no dicen ni hacen nada que uno no pueda tolerar oír o

Librodot

ver; y aun así nos expresan, la primer pareja lacónica y delicadamente, y la segunda profusa y gravemente, aquello que sucede dentro de las mentes de los amantes. El amor representado puede ser aquel de un aventurero filosófico tentando a una ignorante muchacha de campo, o el de un poeta trágicamente solemne enredado con una mujer de nobles cualidades en una pasión que se ha tornado para ellos la razón del universo mismo. Eso no importa: el suceso es dramatizado y dramatizado directamente, y no discutido como si se tratase de algo que ha ocurrido antes de que el telón se alzara, o que habrá de ocurrir luego de que éste caiga.

LA COMEDIA BURLESCA REHUYENDO A SU TEMÁTICA

Ahora bien: si todo esto puede hacerse en función de la tragedia y la comedia filosófica, puede también, como he sostenido siempre, aplicarse a la comedia burlesca; y *No ha lugar* es un ligero experimento en ese sentido. Las comedias burlescas tradicionales siempre resultan tediosas debido a que su quid, la inevitable infidelidad conyugal, queda generalmente relegado. Incluso sus consecuencias son relegadas. Mr. Granville Barker ha señalado con acierto que si los terceros actos de nuestras comedias burlescas se atrevieran a describir las consecuencias que, en la vida real, deberían seguir al primero y al segundo, terminarían como tragedias miserables. En mi opinión, esto las mejoraría notablemente, aunque sólo les procurase una mínima dosis de entretenimiento; pues nunca he visto una comedia burlesca de tres actos en la que el tercero no me aburriera y agobiara, ni en la que no observase que el resto de la audiencia padecía el mismo estado, aun cuando ellos no eran lo suficientemente atentos e introspectivos como para descubrirlo, aunque sí propensos a culparse entre sí, en especial los esposos y esposas, por su mal humor. Pero, felizmente, no existe la menor luz de verdad en aquello de que las infidelidades conyugales ocasionan siempre consecuencias trágicas, o de que es necesario que provoquen al menos la infelicidad que ocasionalmente suelen producir. Además, mientras más graves sean las consecuencias, tanto más interesantes resultarán los impulsos, imaginaciones y reflexiones, si las hubiera, de la gente que las desestimaba. Si se me presentase la oportunidad de dialogar con el espíritu de un asesino que ha sido ejecutado, no tengo dudas de que éste comenzaría a relatarme ansiosamente las circunstancias de su juicio, proporcionando los nombres de las distinguidas damas y caballeros que lo honraron con su presencia en aquella ocasión, para seguir luego con los detalles de su ejecución. Todo lo cual me aburriría extremadamente. Le diría, “Mi querido señor: ese tipo de ceremonias así manufacturadas no me despiertan el menor interés. Sé todo acerca de cómo un hombre es juzgado, y cómo es ahorcado. Yo lo habría matado de un modo mucho menos repugnante, hipócrita y hostil, si de mí hubiese dependido el asunto. Lo que deseo conocer son los detalles del asesinato. ¿Cómo se sintió al cometerlo? ¿Por qué lo hizo? ¿Qué es lo que se dijo a usted mismo al respecto? Si, como sucede con la mayoría de los asesinos, no terminaba siendo ahorcado ¿hubiese cometido otros asesinatos? ¿Realmente despreciaba a la víctima, o quería su dinero? ¿O asesinó a una persona que no le desagradaba y de cuya muerte no podía obtener beneficio alguno, sólo por una necesidad de asesinar? De ser así, ¿podría describirme tal encanto? ¿Lo asalta periódicamente; acaso es crónico? ¿Tiene la curiosidad alguna relación con ello?” Lo acosaría con toda clase de preguntas para averiguar de qué se trata en verdad el asesinato; y no me vería satisfecho sino hasta que lograse comprender que yo también

podría cometer un asesinato, o bien que existe una cualidad específica presente en el asesino y ausente en mí. Y, de ser así, de qué se trata esta cualidad.

Exactamente del mismo modo, deseo que el esposo infiel o la esposa infiel en una comedia burlesca no me fastidien con sus casos de divorcio o con las estratagemas que emplean para evitar un caso de divorcio, sino que me revelen cómo y por qué las parejas casadas son infieles. No quiero oír las mentiras que se dicen entre sí para ocultar lo que han hecho, sino las verdades que se dicen entre sí cuando deben admitir lo que han hecho sin encubrimientos ni excusas. Sin duda que las personas prudentes y consideradas ocultan tales aventuras, cuando pueden, a aquellos a quienes más probabilidades tienen de herir; mas esto no significa que, al ser descubiertos, han de avergonzarse a sí mismos mediante a irritantes mentiras y transparentes subterfugios.

Mi obra, la cual ofrezco como un modelo para todos los futuros autores de comedia burlesca, podrá ahora, espero, ser leída sin escándalo. Sólo deseo añadir que la opinión de Mr. Sibthorpe Juno acerca de que la moralidad demanda no que nos comportemos moralmente (un imposible para nuestra naturaleza pecadora) sino que nos abstengamos de defender nuestras inmoralidades, es en Inglaterra una opinión generalizada, y fue fomentada con la más absoluta seriedad por un formal y distinguido moralista británico poco después de la primera presentación de *No ha lugar*. Mi objeción a ese aspecto de la doctrina relativo al pecado original, es que ninguna acción de naturaleza humana que sea necesaria e inevitable puede ser razonablemente considerada como pecaminosa, y que una moralidad que suponga lo contrario es una moralidad absurda y únicamente puede obtener apoyo para su vigencia a través de la hipocresía. Cuando la gente se vio avergonzada por problemas de higiene, y se negó a reconocerlos, esperando que se resolvieran ocultamente por sí mismos entre la inmundicia y la clandestinidad, el resultado al que se llegó fue la Peste Negra. Una política similar relacionada con los problemas sexuales se ha resuelto a sí misma mediante una plaga aún peor que la Peste Negra; y el remedio para ello no es el salvarsan, sino una estricta higiene moral, el principal cimiento a partir del cual comenzaremos a abandonar el hábito de decir no sólo esas mentiras comparativamente inofensivas que sabemos que no debemos decir, sino aquellas mentiras deplorables que absurdamente creemos que debemos decir.

NO HA LUGAR

Un hombre y una dama sentados sobre un largo sofá, en una esquina apartada de la antesala de un hotel sobre la costa. Es noche de verano: la ventana de hojas a sus espaldas está abierta de par en par. Afuera, el balcón ofrece la vista de una bahía iluminada por la luna. La antesala es oscura. El sofá, con su tapiz gris plateado, y las dos figuras encima de éste, vestidas de gala, reciben la luz de una lámpara ubicada en alguna parte; las paredes, empero, cubiertas de un empapelado verde oscuro, están en penumbras. Pueden verse dos asientos, uno a cada costado. A la derecha del caballero y detrás suyo, cerca de la ventana, un hogar en desuso. A foro izquierda hay una puerta. El hombre se halla a la derecha de la dama.

La mujer es muy atractiva, con una voz musical y delicados y encantadores modales. Es joven: esto es, uno puede asegurar que se encuentra por debajo de los treinta y cinco y por encima de los veintidós. El hombre no aparenta ser mucho mayor. Es bastante apuesto, y se ha aventurado tanto en la dirección del dandismo poético respecto del cuidado de sus cabellos como puede permitírselo cualquier hombre en Inglaterra que no sea un artista profesional. Es evidente su gran amor por la muchacha, y está, de hecho, lidiando contra un irresistible impulso de lanzar sus brazos y rodearla con ellos.

LA DAMA. -No... oh, no sea ofensivo. Por favor, Mr. Lunn (levantándose del sofá y amparándose detrás del mismo). Prométame que no será ofensivo.

GREGORY LUNN. -No estoy siendo ofensivo, Mrs. Juno. Ni pienso serlo. La amo: eso es todo. Soy extraordinariamente feliz.

MRS. JUNO. -¿En verdad será bueno?

GREGORY. -Seré cualquier cosa que usted desee. Le digo que la amo. Amo amarla. No pretendo verme incómodo y arrepentido, como sucedería si fuese ofensivo. No querría verla a usted incómoda y arrepentida. Venga y siéntese nuevamente.

MRS. JUNO. (Regresando a su asiento) -¿Está seguro de no desear nada de lo que no es merecedor?

GREGORY. -Muy seguro. Sólo la deseo a usted (ella retrocede). No se alarme. Me gusta desearla. En tanto me ocupe un deseo, tendré una razón para vivir. La satisfacción es la muerte.

MRS. JUNO. -Sí; pero el impulso de cometer suicidio es a veces irresistible.

GREGORY. -No con usted.

MRS. JUNO. -¡Qué!

GREGORY. -Oh, suena poco halagador, pero no lo es en realidad. ¿Conoce usted la razón por la que la mitad de las parejas que se encuentran como nosotros ahora se comportan ofensivamente?

MRS. JUNO. -Porque no pueden remediarlo, si es que han dejado llegar las cosas demasiado lejos.

GREGORY. -Nada de eso. El motivo es que no tienen cosa mejor que hacer, ni modo distinto de entretener al otro. Desconoce usted lo que significa estar en soledad con una dama de poca belleza y aún menor conversación. ¿Qué queda por hacer al hombre? Ella no puede hablar nada interesante; y si él lo intentara, ella no lograría entenderle. Él no puede

contemplarla: de hacerlo, sólo descubriría que no es bella. Al cabo de cinco minutos ambos se encuentran espantosamente aburridos. Existe sólo una cosa que logrará superar tal situación; y es aquello a lo que usted llama ser ofensivo. En el caso de una mujer bella, divertida y amable, no hay tiempo para tales disparates. Tan deliciosa es su vista, tan delicioso oír su voz, escuchar todo lo que tiene para decir, que ninguna otra cosa sucede. Por ello es que la mujer que se supone destinada a ser dueña de un centenar de amantes rara vez tiene siquiera uno; mientras que la mujeres necias, vulgares y brutales los tienen por docenas.

MRS. JUNO. -¡Ya decía! Es muy cierto que al sentirse uno en peligro habla como loco para librarse de ello, aun cuando no desea completamente que así suceda.

GREGORY. -Uno nunca desea librarse de ello completamente. El peligro es delicioso. Pero la muerte no lo es. Coqueteamos con el peligro, mas el verdadero placer está en, finalmente, escaparle.

MRS. JUNO. -No creo que debamos continuar hablando más sobre esto. El peligro está muy bien cuando, efectivamente, uno le escapa; pero en ocasiones no lo logra. Para serle franca, no me siento tan segura como lo está usted... si es que realmente lo está.

GREGORY. -Pero ciertamente podrá usted hacer lo que guste sin insultar a nadie, Mrs. Juno. Ese es todo el secreto del extraordinario encantamiento que ejerce sobre mí.

MRS. JUNO. -No comprendo.

GREGORY. -Bien, difícilmente sepa cómo empezar a explicárselo. Pero la raíz de la cuestión estriba en que yo soy lo que la gente llama un buen hombre.

MRS. JUNO. -Así lo creía hasta que comenzó a cortejarme.

GREGORY. -Pero usted sabía también que la he amado con constancia.

MRS. JUNO. -Sí, por supuesto; mas esperaba que no me lo declarase; pues lo creía bueno. El hecho de que me lo confesara tan bruscamente vino a arruinarlo. Y además tuvo algo de malintencionado.

GREGORY. -No, en absoluto. Verá, hacen ya muchos años del tiempo en que era yo capaz de permitirme a mí mismo el enamorarme. Conozco gran cantidad de mujeres encantadoras; pero lo malo de ello es que todas son casadas. Las mujeres no se tornan encantadoras, según es mi gusto, hasta tanto se encuentran completamente desarrolladas; y para ese momento, si son en verdad agradables, ya han sido apresadas y casadas. Y entonces, puesto que soy un buen hombre, debo poner un límite respecto de mis consideraciones hacia ellas. Quizás tenga la suficiente fortuna de ganarme su amistad e incluso un muy cálido afecto de su parte; pero mi lealtad a sus esposos y sus corazones y felicidad me obliga a trazar una línea y abstenerme de cruzarla. Claro está que valoro en gran medida tales muestras de afectuosa estima. Me sé rodeado de mujeres que son sumamente amables conmigo. Pero cada una de ellas presenta un letrero en alto, por así decirlo, con la leyenda: *Los Transgresores Serán Procesados*. ¡En qué forma detestamos todos ese anuncio! En cada adorable jardín, en cada vallejuelo repleto de las más bellas flores, en cada despejada ladera, nos encontramos con ese condenado letrero; y existe en todos los casos un guardabosques al doblar la esquina. Pero, ¿qué es eso frente al horror de encontrarlo en cada mujer hermosa, y sabiendo que quien está al voltear la esquina es su esposo? Me he visto con este infausto cartel alzándose entre cada amorosa y deseable mujer y yo, hasta que creí perdida la capacidad de permitirme caer real y sinceramente enamorado.

MRS. JUNO. -¿Y no había entre ellas alguna viuda?

GREGORY. -No. Las viudas son extraordinariamente escasas en la sociedad moderna. Los esposos viven más de lo que solían hacerlo; e incluso cuando resulta que mueren, sus viudas cuentan con una lista de nombres dispuestos a ser los siguientes.

MRS. JUNO. -Bien, pero ¿qué hay de las muchachas jóvenes?

GREGORY. -Oh, ¿a quién le importan las muchachas jóvenes? Son simpáticas. Son principiantes. No me atraen. Les temo.

MRS. JUNO. -Eso es lo que resulta apropiado decirle a una mujer de mi edad. Mas no explica porque usted parece haber guardado sus escrúpulos en el bolsillo cuando me conoció.

GREGORY. -Ciertamente que eso está muy claro. Yo...

MRS. JUNO. -No: por favor no explique nada. No quiero saberlo. Tomo su palabra. De todos modos, no es importante ahora. Nuestro viaje ha concluido ya; y mañana emprendo mi camino al norte, rumbo al hogar de mi pobre padre.

GREGORY. (Sorprendido.) -¡Su pobre padre! Lo suponía vivo.

MRS. JUNO. -Y lo está. ¿Qué le hizo creer lo contrario?

GREGORY. -Dijo usted su POBRE padre.

MRS. JUNO. -Oh, esa es una de mis mañas. Una más bien tonta, supongo; pero hay para mí algo patético en los hombres: me encuentro a mí misma llamándolos pobres fulanos cuando sin embargo no hay nada de malo con ellos.

GREGORY. (Que ha estado escuchando con creciente alarma) -¿Pero... yo... es?... ¿qué...? ¡Oh, Dios!

MRS. JUNO. -¿Qué sucede?

GREGORY. -Nada.

MRS. JUNO. -¡Nada! (Levantándose ansiosamente.) Tonterías: usted está enfermo.

GREGORY. -No. Fue algo con relación a su último esposo...

MRS. JUNO. -¡Mi ÚLTIMO esposo! ¿Qué quiere decir? (Asiéndolo, invadida por el horror) No me diga que está muerto.

GREGORY. (Levantándose, igualmente aterrado) No me diga que está vivo.

MRS. JUNO. -Oh, no me asuste de esa manera. Claro que está vivo; a menos que usted haya oído algo.

GREGORY. -El primer día que nos vimos -en el bote- usted me habló de su pobre querido esposo.

MRS. JUNO. (Soltándolo, bastante recuperada.) -¿Eso es todo?

GREGORY. -Bien, luego de que usted lo llamara pobre Tops. Siempre pobre Tops, nuestro pobre querido Tops... ¿Qué iba yo a pensar?

MRS. JUNO. (Sentándose nuevamente.) -Hubiese deseado que no me lo trajera así a la memoria; pues no he estado siendo con él del todo buena. Tampoco lo ha sido usted.

GREGORY. (Dejándose caer sobre el sofá, abrumado) -¡Y pretende usted decirme que no es viuda!

MRS. JUNO. -¡Válgame Dios, no! No estoy de negro.

GREGORY. -Entonces me estado comportando como un sinvergüenza. He roto la promesa hecha a mi madre. Jamás volveré a tener la conciencia tranquila.

MRS. JUNO. -Lo siento. Sospeché que lo sabía.

GREGORY. -¿Supuso que yo era un libertino?

MRS. JUNO. -No: por supuesto que no le hubiese hablado de haber supuesto tal cosa. Pensé que yo le gustaba, pero que usted ya sabía lo otro, y que estaba de acuerdo con ello.

GREGORY. (Tendiendo sus manos ante el pecho de ella.) -Creí que la carga de ser un buen hombre había sido finalmente librada de mi alma. No vi allí otra cosa que un seno en el que descansar: el seno de una adorable mujer con quien podría soñar sin culpa. ¿Qué veo ahora?

MRS. JUNO. -Lo mismo que veía antes.

GREGORY. (Desesperanzado.) -No, no.

MRS. JUNO. -¿Qué más?

GREGORY. -*Los Transgresores Serán Procesados: Los Transgresores Serán Procesados.*

MRS. JUNO. -No si saben guardar silencio. No sea tan cobarde. Mi esposo no lo comerá.

GREGORY. -No es a su esposo a quien temo. Es a mi conciencia.

MRS. JUNO. (Perdiendo la paciencia.) -¡Vaya! No me considero en absoluto una mujer de mal comportamiento; pues nada ha sucedido entre nosotros que no fuera perfectamente agradable y amistoso; pero ¡vamos! ¡Escuchar a un hombre adulto hablar de promesas a su madre!

GREGORY. (Interrumpiéndola.) -Sí, sí: lo sé todo al respecto. No es romántico: no es donjuanesco: no es maduro; pero todos lo sentimos de igual manera. Habita mucho más profundo en nuestra sangre y huesos que toda la pamplina romántica. Mi padre estuvo envuelto en un escándalo en cierta ocasión: debido a lo cual mi madre me hizo prometer que nunca amaría a una mujer casada. Y ahora que lo hecho no puedo sentirme honesto. No pretenda menospreciarme o reírse de mí. Usted lo siente también. Acaba de decir que su propia conciencia se veía turbada al pensar en su marido. ¿Cómo estará cuando piense en mi esposa?

MRS. JUNO. (Levantándose horrorizada) -¡¡Su esposa!! ¡Cómo se atreve a sentarse allí y decirme tan fríamente que es un hombre casado!

GREGORY. -En ningún momento le di a entender que fuera soltero.

MRS. JUNO. -¡Oh! Jamás me dio el menor indicio de que tuviera una esposa.

GREGORY. -Sí que lo hice. Discutí con usted cosas tales que sólo la gente casada podría comprender.

MRS. JUNO. -¡Oh!

GREGORY. -Lo creí el modo más delicado de participárselo.

MRS. JUNO. -Bien, debo decir que *es* usted un primor. Supongo que esto vulgar; pero ¡Vamos! ¡Usted y su bondad! Sin embargo, ahora que cada uno lo ha descubierto todo sobre el otro, no queda sino una cosa por hacer. ¿Podría irse, por favor?

GREGORY. (Poniéndose lentamente de pie) -*Es necesario* que me vaya.

MRS. JUNO. -Bien, váyase.

GREGORY. -Sí. Eh… (Intenta irse.) Yo… Por algún motivo no puedo hacerlo. (Vuelve a sentarse, perplejo.) Mi conciencia está activa: pero mi voluntad paralizada. Esto es realmente espantoso. ¿Le molestaría sonar la campana y pedirles que me echen de aquí? Sepa que debe hacerlo.

MRS. JUNO. -¡Claro! ¡Hacer un escándalo frente a todo el hotel! Por supuesto que no. No sea insensato.

GREGORY. -De acuerdo; pero no podré irme.

MRS. JUNO. -Entonces lo haré yo. Adiós.

GREGORY. (Sujetando su mano) -¿Puede hacerlo, realmente?

MRS. JUNO. -Pero claro que… (Vacilando) ¡Oh, cielos! (Se contemplan entre sí, desconsolados.) No puedo. (Se hunde en el sofá, con las manos aferradas a las de él.)

GREGORY. -Por el amor de Dios, domínese. Esta es una cuestión de autocontrol.

MRS. JUNO. (Retirando su mano y apartándose al final del sofá.) -No: es una cuestión de distancia. El autocontrol funciona muy bien si se está a tres metros, o en un barco, con toda la gente observando. No se acerque más.

GREGORY. -Es esta una aterradora situación. Deseo irme, pero no logro hacerlo.

MRS. JUNO. -Pienso que es menester que se vaya (Él hace un esfuerzo; ella agrega de inmediato), pero si lo intentase, lo tomaría rodeándole el cuello y me desgraciaría a mí misma. Le imploro que tome asiento y se esté quieto y tranquilo.

GREGORY. -Yo le imploro que se aleje corriendo. Creo que puedo confiar en que la dejaré ir por su propio bien. Aunque eso romperá mi corazón.

MRS. JUNO. -No deseo romper su corazón. No me atrevo a imaginarlo a usted sentado aquí, solo. No me atrevo a imaginarme a mí sentada sola en otro lugar. Es tan insensato -tan ridículo-, con lo felices que podríamos ser. No quiero parecer mal intencionada, por supuesto. Pero me agrada usted demasiado; y deseo ser afable y humana.

GREGORY. -Me es necesario trazar una línea.

MRS. JUNO. -Entonces debería hacerlo, querido. Dígame: ¿En verdad le gusto? No le pregunto si me *ama*: debe usted amar a su esposa...

GREGORY. (Con vehemencia.) -¡No!

MRS. JUNO. -Oh, sí, seguramente; y ¿que importancia tiene eso? ¿Está realmente encariñado conmigo? ¿Somos amigos... camaradas? ¿Lamentaría mi muerte?

GREGORY. (Encogiéndose.) -Oh, por favor.

MRS. JUNO. -¿O se ha tratado esto de la habitual diversión sin objeto del hombre: un simple coqueteo a bordo de un barco?

GREGORY. -Oh, no, no: nada que sea siquiera la mitad de innoble, vulgar, e incorrecto que eso. Le aseguro que mi pretensión era tan sólo la de ser agradable. Creció dentro mío sin que me diera cuenta.

MRS. JUNO. -¿Y le alegró haberlo dejado crecer?

GREGORY. -Lo dejé crecer porque el letrero no estaba en alto.

MRS. JUNO. -¡Al diablo con el letrero! Estoy tan encariñada con Sibthorpe como lo estoy con…

GREGORY. -¡Sibthorpe!

MRS. JUNO. -Sibthorpe es el nombre cristiano de mi esposo. No creo que deba seguir a esta altura mencionándoselo a usted como Tops.

GREGORY. -Es que me recordó a nombre de bebida. Pero no tengo derecho a reírme de él. Mi nombre cristiano es Gregory, que suena a polvo.

MRS. JUNO. -¡Es tan típico de los hombres! Yo le descubro los más cálidos y afectuosos sentimientos de mi corazón, y usted no piensa en otra cosa que en bromear. Ocurrencias como esas le hacen olvidarse de mí.

GREGORY. -¡Olvidarme de usted! ¡Oh, si tan sólo pudiera!

MRS. JUNO. -Si pudiera, ¿lo haría?

GREGORY. (Ocultando su avergonzado rostro entre las manos.) -No: moriría antes. Oh, me odio a mí mismo.

MRS. JUNO. -Y yo me admiro. Es estupendo ser indiferente. Me pregunto si acaso *puede* un hombre ser indiferente.

GREGORY. (Animándose a sí mismo desesperadamente) -No. No soy indiferente. Sé lo que estoy haciendo: mi conciencia se halla despierta. Oh, ¿Dónde está la intoxicación del amor? ¿el delirio? ¿la locura que hace pensar a un hombre que resignaría alegremente a todo un mundo sólo a cambio de la mujer que adora? No creo cosas semejantes; veo que no lo vale; sé que está mal; nunca en mi vida había estado tan frío, tan sereno.

MRS. JUNO. (Abriéndole sus brazos) -Pero no puedes resistirte ante mí.

GREGORY. -Debo hacerlo. Es mi deber. (Arrojándose entre los brazos de ella) Oh, mi querida, mi tesoro, nos arrepentiremos por esto.

MRS. JUNO. -Podremos perdonárnoslo. ¿Podríamos perdonarnos el dejar pasar este momento?

GREGORY. -Renegaré hasta el final. Estoy en contra de esto. He sido empujado de un precipicio. Soy inocente. Este salvaje placer, esta exquisita ternura, este ascenso al paraíso quizás estremezca hasta la última fibra de mi corazón (en un ademán de éxtasis, ella oculta su rostro sobre el hombro de él); mas no puede someter mi mente ni corromper mi conciencia, que aún grita a los cielos que ella no ha tomado parte en esta desenfrenada conducta. Repudio el embeleso con el que usted me está inundando.

MRS. JUNO. -No haga caso a su conciencia. Dígame cuán feliz se encuentra.

GREGORY. -No; le recuerdo su deber. Pero, oh, le entregaría yo mi vida en ambas manos si pudiera decirme que siente por mí una millonésima parte de lo que yo siento por usted ahora.

MRS. JUNO. -Oh, sí, sí. Dése por satisfecho. No me pida más. Déjeme irme.

GREGORY. -No puedo. No tengo voluntad. Algo más poderoso que cualquiera de nosotros dos es quien dispone aquí. Ninguna cosa en el cielo o en la tierra podrá separarnos ahora. Lo sabe, ¿verdad?

MRS. JUNO. -Oh, no me obligue a decirlo. Por supuesto que lo sé. Nada... ni la vida ni la muerte ni la vergüenza ni nada podrá separarnos.

UNA RESUELTA VOZ DE HOMBRE EN EL CORREDOR. -Bien. Aquí debe ser.

Ambos se recobran con un violento respingo; se sueltan y se arrojan hacia atrás, colocándose sobre los dos extremos opuestos del sofá.

GREGORY. -Ya ha pasado.

MRS. JUNO. (En un tembloroso susurro) -¡Sh… sh… sh! Esa era la voz de mi esposo.

GREGORY. -Imposible: es sólo nuestra culpable imaginación.

LA VOZ DE UNA MUJER. -Este es el camino hacia el sofá. Lo sé.

GREGORY. -¡Por todos los cielos! Ambos estamos locos. Esa era la voz de mi esposa.

MRS. JUNO -¡Ridículo! ¡Oh! Lo estamos soñando todo. Nosotros... (las puertas se abren; aparece la figura de Sibthorpe Juno recortándose sobre el brillo rosado del corredor -el cual sucede que está empapelado de color rosa- junto con Mrs. Lunn, como Tannhauser en el monte de Venus. Él es un pequeño hombre inquieto y enérgico, que se da a sí mismo un aire de galantería engrasándose la punta de sus bigotes y vistiéndose muy cuidadosamente. Ella es un mujer alta, imponente, elegante y lánguida, con brillantes ojos oscuros y largas pestañas. Ambos van a ubicarse sobre el sofá, sin notar las dos palpitantes figuras estampadas sobre las paredes, en la oscuridad, a cada lado. Las figuras, sin emitir un sonido, se escabullen rápidamente a través de la ventana y desaparecen)

Librodot

JUNO. (Oficiosamente) -Ah: aquí lo tenemos. (Le enseña el camino hacia el sofá.) Siéntese: seguro estará cansada. (Ella se sienta.) Eso es. (Él se sienta a su lado; el izquierdo) ¡Vaya! (se levanta) Este sofá está tibio.

MRS. LUNN. (Aburrida.) -¿Sí? No lo había notado. Supongo que le ha dado el sol.

JUNO. -Mi sensación era distinta: las prendas que llevo son más delgadas que las suyas. (Se sienta nuevamente y continúa, con un suspiro de satisfacción) ¡Vaya un alivio el de haber bajado de ese barco y recibir nuestra propia habitación privada! Eso es lo malo de los barcos. Uno es observado constantemente.

MRS. LUNN. -¿Y por qué no?

JUNO. -Bueno, claro que no existe una razón: al menos, supongo yo que no la hay. Pero, permítame decirle, parte de lo romántico de un viaje es que la imaginación del hombre contempla todo el tiempo la posibilidad de que algo suceda; y no podrá hacerlo si es que existe demasiada gente alrededor, impidiendo que cualquier cosa ocurra.

MRS. LUNN. -Nada hay de malo en un romance a bordo de un barco; mas cuando los pies pisan el suelo de Inglaterra, ese es el fin de todo.

JUNO. -No: créame, ese es un error de extranjero: los ingleses somos la gente más romántica del mundo. De tal modo que mi sola presencia aquí ya es algo romántico.

MRS. LUNN. (Sutilmente irónica.) -¿De veras?

JUNO. -Sí. Habrá adivinado usted, claro, que soy un hombre casado.

MRS. LUNN. -Oh, eso no es problema. Yo misma estoy casada.

JUNO. -¡Gracias al cielo por ello! Para mi mente inglesa, la pasión no es realmente tal sin la presencia de culpa. Soy un hombre de sangre roja, Mrs. Lunn: no puedo remediarlo. La tragedia de mi vida es haberme casado, cuando joven, con una mujer de quien no pude evitar estar muy enamorado. He ansiado una pasión con culpa -para ser franco-, la más desvergonzada; y aun así no he logrado dar dos peniques por ninguna otra mujer cuando mi esposa estaba cerca. Los años se sucedieron: pude sentir mi juventud adormecerse sin haber tenido jamás un amorío en mi vida; porque el matrimonio está muy bien, mas nada tiene que ver con el romance. No hay nada de malo en ello ¿sabe?

MRS. LUNN. -¡Pobre hombre! ¡Cómo habrá sufrido!

JUNO. -No: eso es lo insípido de todo esto. Yo deseaba sufrir. Hasta ese punto se enferma uno de estar felizmente casado. Son siempre los matrimonios felices los que se separan. Finalmente mi esposa y yo acordamos que debíamos tomarnos unas vacaciones.

MRS. LUNN. -¿No vacaciona usted todos los años?

JUNO. -¡Oh, en la costa y cosas por el estilo! No es eso a lo que nos referíamos. Esto es, tomarse vacaciones uno del otro.

MRS. LUNN. -¡Vaya cosa tan extraña!

JUNO. -Ella respondió que era una excelente idea; que la felicidad del hogar nos estaba tornando perfectamente idiotas; que también deseaba unas vacaciones. De modo que convenimos que recorreríamos el mundo en direcciones opuestas. Yo partí desde Suez el mismo día en que ella lo hizo desde Nueva York.

MRS. LUNN. (Prestando atención repentinamente.) -Eso es precisamente lo que Gregory y yo hicimos. ¡Me pregunto ahora si él quería tomarse un descanso de mí! Lo que dijo fue que anhelaba el encanto de volver a verme tras un largo período de ausencia.

JUNO. -¿Puede algo ser más romántico que eso? ¿Podría ocurrírsele a alguien más que a un inglés? Supongo que mi temperamento resultará anodino frente a su bullente sangre meridional...

MRS. LUNN. -¡Mi qué!

JUNO. -Su sangre meridional. ¿Recuerda cómo me contó usted, aquella noche en el salón cuando canté "*Farewell and adieu to you dear Spanish ladies*", que era por nacimiento una mujer española? Su espléndida belleza andaluza habló por sí misma.

MRS. LUNN. -Tonterías. Yo nací en Gibraltar. Mi padre fue el Capitán Jenkins. De la artillería.

JUNO. (Acaloradamente) -Es el clima y no la raza lo que determina el temperamento. El fiero sol de España resplandeció sobre su cuna; y ésta se meció al son del rugir de cañones británicos.

MRS. LUNN. -¡Qué elocuencia! Me recuerda a mi esposo cuando aún estaba enamorado, antes de que nos casáramos. ¿Está usted enamorado?

JUNO. -Sí; y de la misma mujer.

MRS. LUNN. -Bueno, claro, no suponía que lo estuviera de dos mujeres.

JUNO. -No creo que me haya comprendido bien. Quiero decir que estoy enamorado de usted.

MRS. LUNN. (Cayendo en el más profundo aburrimiento) -¡Oh, eso! Sí, los hombres se enamoran de mí. Todos parecen ver en mí una criatura de pasiones volcánicas: por cierto que no comprendo el motivo, pues todas las mujeres fogosas que conozco son pequeñas criaturas comunes de pelo arenoso. No considero respetables a los volcanes humanos. ¡Y además estoy tan cansada del tema! Nuestra casa está siempre repleta de mujeres enamoradas de mi esposo y de hombres enamorados de mí. Nosotros lo permitimos tan sólo porque resulta grata la compañía.

JUNO. -¿Y su marido es tan insensible como usted?

MRS. LUNN. -Oh, Gregory no es insensible: en absoluto; pero yo soy la única mujer en el mundo para él.

JUNO. -¿Y usted es realmente tan insensible como dice?

MRS. LUNN. -Nunca dije nada que se le parezca. Ser insensible no forma parte de mi naturaleza; pero -no sé si lo ha notado- soy lo que la gente tiene por llamar una mujer de figura exquisita.

JUNO. (Apasionadamente.) -¡Si lo he notado! ¡Oh, Mrs. Lunn! ¿Habré sido capaz de notar otra cosa desde que nos conocimos?

MRS. LUNN. -¡Allí está, igual que todos los demás! Le pregunto, ¿cómo espera que una mujer conserve lo que usted llama su sensibilidad, si este tipo de cosas le ocurren tres veces por semana desde los diecisiete años? Al principio solía indignarme y aterrarme. Con el tiempo aprendí a tomarle el gusto. Con Gregory llegó a su punto culminante: por eso es que me casé con él. Luego se tornó en algo demasiado plácido, y casi no valía la pena. Desde entonces únicamente lo hallé valioso en una o dos ocasiones, como una suerte de bálsamo para el espíritu, en momentos de desánimo; mas ahora es llanamente un fastidio. No me importa su declaración: me figuro que le habrá dado algún placer hacérmela. Entiendo completamente su adoración por mí; pero -si no le molesta- preferiría que no siga insistiendo con ello.

JUNO. -¿No queda entonces ninguna esperanza para mí?

MRS. LUNN. -Oh, sí. Gregory piensa que una mujer debe tener una lista de hombres con quienes podría casarse en caso de enviudar. Anotaré su nombre, si eso lo satisface.

JUNO. -¿Es muy larga esta lista?

MRS. LUNN. -¿Se refiere a la lista real?; no la que le enseño a Gregory: allí hay cientos de nombres; ¿sino a la pequeña lista privada que es mejor que él no vea?

JUNO. -¿Oh, realmente me pondría en esa? Dígame que lo hará.

MRS. LUNN. -Bien, quizás lo haga. (Él le besa la mano.) No empiece a abusar del privilegio.

JUNO. -¿Puedo llamarla por su nombre cristiano?

MRS. LUNN. -No: es demasiado largo. No puede andar por ahí llamando a una mujer Seraphita.

JUNO. (Extático.) -¡Seraphita!

MRS. LUNN. -En casa solían decirme Sally; pero al casarme con un hombre de apellido Lunn, por supuesto, se volvió ridículo. Esa es mi pequeña broma. Llámeme Mrs. Lunn para hacerlo corto. Y ahora cambie el tema o me iré a dormir.

JUNO. -No puedo cambiar de tema. Para mí no existe otro. ¿Por qué otra cosa me pondría en su lista, de no ser así?

MRS. LUNN. -Porque usted es procurador. Gregory también lo es. Estoy acostumbrada a que mi esposo sea procurador y me cuente cosas que se supone no debe compartir con nadie.

JUNO. (Afligido.) -¿Eso es todo? Oh, no puedo creer que la voz del amor la haya despertado alguna vez completamente.

MRS. LUNN. -No: me ha mandado a dormir. (Juno pretende atentar contra esto último mediante una amorosa demostración.) No tiene sentido, Mr. Juno: soy irremediablemente respetable: los Jenkins lo han sido siempre. ¿No se da cuenta de que si la mayoría de las mujeres no fueran así, el mundo no podría marchar como lo hace?

JUNO. (Oscuramente) -Usted cree que marcha de forma respetable; pero yo le puedo decir como procurador...

MRS. LUNN. -¡Vaya! Por supuesto que a usted lo frecuentan aquellas personas indecentes que se han metido en problemas, del mismo modo que las personas enfermas visitan a los médicos; pero la mayor parte de la gente común nunca acude a un procurador.

JUNO. (Levantándose, con un creciente sentimiento de ofensa) -Mire, Mrs. Lunn: ¿usted cree que el corazón de un hombre es una patata? ¿O un nabo? ¿O un ovillo de lana? ¿Qué puede desecharlos de esta forma?

MRS. LUNN. -Yo no desecho ovillos de lana. El corazón de un hombre se me asemeja mucho a una esponja: absorbe de igual manera el agua sucia y el agua limpia.

JUNO. -Nunca en toda mi vida me habían tratado así. Aquí estoy yo, un hombre casado, con la más hermosa de las esposas: esposa que adoro y que me adora, y que jamás ha siquiera posado su mirada sobre otro hombre desde que nos casamos. Vengo aquí y arrojo todo eso a sus pies. ¡Yo! ¡Yo, un procurador! ¡Corriendo el riesgo de que su esposo me lleve ante la justicia y haga de mí un miserable y un proscrito! Hago esto por su bien. Y usted responde como si no se tratase de ningún sacrificio por mi parte: como si yo le hubiese mencionado que es una agradable velada, o la hubiera invitado a tomar una taza de té. No es humano. No está bien. El amor tiene sus derechos, además de respetabilidad. (Vuelve a sentarse, lejano y malhumorado)

MRS. LUNN. -¡Tonterías! Tenga, tenga esta flor. (Le entrega una.) Vaya y sueñe con ella hasta que se sienta hambriento. Nada devuelve mejor el sentido a la gente que el hambre.

JUNO. (Contemplando la flor sin interés.) -¿Qué hay con ella?

MRS. LUNN. (Arrebatándosela de las manos.) -¡Oh! no me ama usted en absoluto.

JUNO. -Sí que la amo. O al menos la amaba. Pero soy inglés; y creo que es necesario que respete usted las convenciones de la vida inglesa.

MRS. LUNN. -Pero las estoy respetando; usted no.

JUNO. -¿Discúlpeme? Puede que lo que haya hecho esté mal; pero lo he llevado adelante con propiedad y conforme a las costumbres. Puede que usted esté actuando correctamente; pero lo está haciendo de forma poco usual y cuestionable. No estoy preparado para enfrentarme a eso. Puedo soportar el maltrato: no soy ningún bebé, y puedo cuidarme a mí mismo sin la ayuda de nadie. Y por supuesto que sé cómo recibir un buen trato. Mas no sé cómo proceder ante un trato inesperado, está fuera de mis esquemas de vida. Así que ahora: ¡Vamos! Deberá comportarse conmigo de un modo natural y sincero. Puede abandonar a su esposo e hijos, hogar, amigos y país, e irse conmigo a alguna isla del sur -o por qué no a Sudamérica- donde podremos ser finalmente el uno para el otro. O puede mencionárselo a su esposo para que venga a aporrear mi cabeza, si es que puede. Pero maldita sea si habré de soportar cualquier excentricidad. No es respetable.

GREGORY. (Entrando por la terraza y avanzando dignamente hacia el extremo del sofá en que está su esposa) -¿Tendría la amabilidad, señor, de cuidar su temperamento y abstenerse de utilizar un vocabulario grosero cuando se dirija a esta dama?

MRS. LUNN. (Levantándose, encantada.) -¡Gregory! ¡Querido! (Lo rodea con un fuerte abrazo.)

JUNO. (Levantándose) -¡Te entregas a otro hombre en mi propia cara!

MRS. LUNN. -Pues claro; él es mi esposo.

JUNO. -Eso termina con la última pizca de justificación para semejante conducta. ¡Buen mundo sería éste si las personas casadas comenzaran a hacer galas de su cariño ante el resto de la gente!

GREGORY. -Eso es ridículo. ¿Qué demonios le importa lo que suceda entre mi mujer y yo? ¿Acaso es usted su marido?

JUNO. -No en este momento; pero estoy en la lista. Soy su candidato a esposo; usted sólo es el actual. Yo soy la expectativa: usted la decepción.

MRS. LUNN. -Oh, mi Gregory no es una decepción. (Afectuosamente.) ¿No es cierto, querido?

GREGORY. -Tú sólo aguarda un momento. Me encargaré de este sujeto por ti. (Se libera del abrazo, y enfrenta a Juno. Ella se sienta, complacida.) ¿Me ha llamado usted una decepción? Bien, supongo que todo esposo representa una decepción. Sucede que conozco a la mujer a la que usted ha decepcionado. Hemos viajado en el mismo barco; y...

JUNO. -Y se enamoró de ella.

GREGORY. (Retrocediendo) -¿Quién le ha dicho eso?

JUNO. -¡Ahá! Lo confiesa. Bien, si desea saberlo, nadie me lo ha dicho. Todos se enamoran de mi esposa.

GREGORY. -¿Y usted se enamora de las esposas de todos?

JUNO. -Ciertamente que no. Sólo de la suya.

MRS. LUNN. -¿Pero qué gana con decir eso, Mr. Juno? Yo estoy casada con él; y allí terminan las cosas.

JUNO. -No del todo. Usted puede divorciarse.

MRS. LUNN. -¿Por qué habría de hacerlo?

JUNO. -Debido a su mala conducta con mi esposa.

GREGORY. (Profundamente indignado.) -¿Como se atreve, señor, a difamar la persona de esa dulce dama? Dama a la que he tomado bajo mi protección.

JUNO. -¡Protección!

MRS. JUNO. (Reapareciendo, precipitadamente.) -En verdad debería ser usted más cuidadoso con lo que dice de mí, Mr. Lunn.

JUNO. -¡Amada mía! (La abraza.) Disculpe esta traición a mis sentimientos; pero no he visto a mi esposa por varias semanas; y ella es muy dulce conmigo.

GREGORY. -Vaya, qué tenemos aquí. ¿Quién está ahora haciendo galas del cariño a su esposa ante los demás, digo yo?

MRS. LUNN. -¿No me presentará a su esposa, Mr. Juno?

MRS. JUNO. -¿Cómo está usted? (Ellas estrechan sus manos; Mrs. Juno se sienta junto Mrs. Lunn; a su izquierda)

MRS. LUNN. -Me alegra que usted dé crédito al gusto de Gregory. Soy más bien escéptica en cuanto a las mujeres de las que se enamora.

JUNO. (Severo) -Ese no es modo de referirse a las infidelidades de su marido. (A Lunn.) Debería educar mejor a su esposa ¿Dónde están sus sentimientos? Esto es escandaloso.

GREGORY. -¿Y qué hay de su propia conducta, me pregunto?

JUNO. -No la defiendo; allí termina la cuestión.

GREGORY. -¡Vaya, por todos los cielos! ¿Qué diferencia hace que no la defienda?

JUNO. -Una diferencia fundamental. Ante la gente seria podré parecer perverso. No me defiendo: soy perverso, pero no tengo mal corazón. Ante personas ingenuas podría incluso resultar divertido. Bien, ríase de mí: así soy yo. Pero Mrs. Lunn parece no tener ninguna opinión respecto de mí. Aparentemente no tiene en claro si es que soy perverso o divertido. No parece importarle. Ha perdido sus sentimientos. Y digo que no está bien. Le repito, he pecado; y estoy preparado para sufrir.

MRS. JUNO. -¿Realmente has *pecado*?

MRS. LUNN. (Con dulzura.) -No recuerdo que él pecara. Tengo una pésima memoria para las pequeñeces; pero imagino que recordaría eso... no sé si me explico.

JUNO. (Furioso) -¡Pequeñeces! Me he enamorado de un monstruo.

GREGORY. -No se atreva a llamar monstruo a mi mujer.

MRS. JUNO. (Levantándose rápidamente e interponiéndose entre ambos) -Por favor, no pierda su temperamento, Mr. Lunn: no permitiré que maltraten a mi Tops.

GREGORY. -Bien, entonces no le permita alardear acerca haber pecado con mi esposa. (Se vuelve impetuosamente hacia su esposa; hace que ella se ponga de pie, y la toma orgullosamente de su brazo.) ¿Qué derecho tiene él para recibir tal honor?

JUNO. -He pecado en intención. (Mrs. Juno se va de su lado y regresa a su asiento, calmada.) Soy tan culpable como si efectivamente hubiese pecado. E insisto en ser tratado como un pecador, y no ignorado, como si nada hubiera hecho, por su esposa o cualquier otro hombre.

MRS. LUNN. -¡Ja!

JUNO. (Encolerizado) -No permitiré que se me rebaje.

MRS. LUNN. (A Mrs. Juno.) -Espero que venga y se quede con nosotros ahora que Gregory y usted son tan amigos, Mrs. Juno.

JUNO. -Esta magnanimidad demencial...

MRS. LUNN. -¿No cree que ya ha dicho suficiente, Mr. Juno? Esto es algo que debe tratarse entre dos mujeres. Vaya a dar un paseíllo por la playa con mi Gregory mientras arreglamos esto. Gregory es maravilloso cuando se trata de escuchar.

JUNO. -No creo que nada bueno pueda resultar de una charla entre Mr. Lunn y yo. Difícilmente podamos pretender mejorar nuestras respectivas morales. (Se dirige por detrás del sofá hacia el extremo en que se encuentra Mrs. Lunn; toma una silla; la ubica deliberadamente entre Gregory y Mrs. Lunn; se sienta de brazos cruzados, resuelto a no moverse.)

GREGORY. -¡Oh, vaya! ¡Oh, perfectamente! Si así es la cosa... (Se cruza hasta el lugar de Mrs. Juno; planta una silla a su lado y se sienta con igual determinación.)

JUNO. -Ahora somos los dos igualmente culpables.

GREGORY. -Si me permite, no soy culpable.

JUNO. -En intención. Evite los subterfugios. Usted fue culpable en intención, tanto como yo.

GREGORY. -No. Preferiría describirme como culpable de hecho, no de intención.

JUNO. (Levantándose) -¡¿Qué?!

MRS. JUNO. (Exclamando.) -No, de veras…

MRS. LUNN. (Simultáneamente.) -¡Gregory!

GREGORY. -Sí: mantengo que únicamente puedo resultar culpable por mis intenciones, y no por actos reflejos sobre los que ningún control tengo. (Mrs. Juno se sienta, avergonzada.) He prometido a mi madre que jamás diría una mentira, y que nunca tendría amoríos con una mujer casada. Jamás he mentido...

MRS. LUNN. (Reconviniendo.) -¡Gregory! (Volviendo a sentarse.)

GREGORY. -He dicho que jamás. En muchas ocasiones he optado por deformar la verdad, pero en situaciones importantes siempre he dicho la verdad. Considero ésta una situación de importancia; y nada logrará intimidarme al punto de romper mi promesa. Declaro solemnemente que no supe sino hasta esta tarde que Mrs. Juno era una mujer casada. Ella habrá de respaldarme en que desde ese mismo momento mis intenciones pasaron a ser estricta y decididamente honorables; si bien mi conducta, la cual no puedo controlar y de la que, entonces, no puedo hacerme responsable, fue deshonrosa... o de otro modo no habría permitido que este hombre entrara aquí y comenzara a cortejar a mi esposa delante de mis propias narices.

JUNO. (Reclinándose sobre el respaldo de silla) -¡Vaya, esto sí que está bueno!

MRS. LUNN. -De veras, querido, de nada sirve volver sobre esa cuestión.

GREGORY. -Cuando dices querido ¿puedo preguntar a quién de los dos te diriges?

MRS. LUNN. -Realmente no lo sé. Estoy terriblemente confundida.

JUNO. -¿Por qué no permite a mi esposa dar su opinión? No creo que merezca ser dejada a un lado de esta manera.

MRS. LUNN. -Lo siento. Ciertamente. Dispénseme, querida.

MRS. JUNO. (Pensativa.) -No sé qué decir. Debo meditarlo. Siempre he sido bastante estricta en cuanto a este tipo de cosas; pero llegado el momento no me he comportado como supuse que lo haría. Nunca quise tener malas intenciones; pero de un modo u otro, la Naturaleza, o como quiera que deseen llamarle, no se preocupó demasiado por mis intenciones. (Gregory busca su mano instintivamente y la aprieta.) Y realmente creí, Tops, que yo era la única mujer en el mundo para ti.

JUNO. (Alegremente.) -Oh, está bien, preciosa. Mrs. Lunn creía que ella era la única mujer en el mundo para él.

GREGORY. (Reflexivamente.) -Y lo es, de algún modo.

JUNO. (Exacerbándose.) -Y también mi esposa. No pretenda insinuar que es mejor esposo que yo; pues no lo es. Ya he reconocido mi error. Usted no lo ha hecho.

MRS. LUNN. -¿Te arrepientes, Gregory?

GREGORY. (Perplejo.) -¿Arrepentirme?

MRS. LUNN. -Sí, arrepentirte. Creo que es tiempo de que digas que lo sientes, y de que nos amiguemos con Mr. Juno antes de cenar todos juntos.

GREGORY. -Seraphita: le he prometido a mi madre...

MRS. JUNO. (Involuntariamente.) -¡Oh, termine ya con lo de su madre! (Recobrándose.) Le pido disculpas.

GREGORY. -Una promesa es una promesa. No puedo mentir descaradamente. Sé que debería estar arrepentido; pero el hecho es que no lo estoy. He descubierto que en este tipo de cuestiones, de un modo u otro, tiene lugar una desastrosa separación entre mis principios morales y mi comportamiento.

JUNO. -Nada hay de desastroso al respecto. Poco importa lo que haga si sus principios son los correctos.

GREGORY. -¡Tonterías! Poco importan sus principios si su conducta no es la correcta.

JUNO. -Pero lo que usted ha hecho no es correcto; y sí mis principios.

GREGORY. -¿De qué sirve que sus principios sean correctos si no logran su cometido?

JUNO. -Sucede que lo *harán*, señor, si ejercita usted el auto-sacrificio.

GREGORY. -Oh, claro: *si*, *si*, *si*. Sabe perfectamente que el auto-sacrificio no funciona también cuando se desea algo de veras. ¿Cuánto se ha auto-sacrificado usted, me pregunto?

MRS. LUNN. -Oh, enormemente, Gregory. No seas descortés. Mr. Juno es un hombre muy agradable: ha sido de lo más atento conmigo durante el viaje.

GREGORY. -Y Mrs. Juno es una mujer muy agradable. No debería serlo; pero lo es.

JUNO. -¿Por qué no debería ser una mujer agradable, si se puede saber?

GREGORY. -Quiero decir que no debería serlo conmigo. Y usted no debería serlo con mi esposa. Y yo no debería gustarle a su esposa. Y usted no debería gustarle a la mía. Y si así sucede, no deberíamos seguir gustándoles nosotros. Y a mí no debería gustarme su esposa; ni a usted la mía; y si así sucede, no deberían las otras seguir gustándonos. Pero así nos ocurre, y a todos por igual. No deberíamos, pero lo hacemos.

JUNO. -Pero, mi querido muchacho, si admitimos que no hemos hecho lo correcto, ¿dónde está el daño en ello? No somos perfectos; pero mientras sigamos manteniendo nuestros ideales...

GREGORY. -¿Cómo?

JUNO. -Admitiendo que nos hemos equivocado.

MRS. LUNN. (Levantándose de un respingo, exasperada, paseándose alrededor del sofá impacientemente.) -Vaya, definitivamente debo tener mi cena ahora. Estos dos hombres, con su moralidad, y sus promesas a sus madres, y sus confesiones de que han obrado mal, y sus pecados y sufrimientos, y sus contestaciones el uno al otro como si realmente significaran algo, o tuvieran alguna importancia, están acabando con mi paciencia. (Deteniéndose frente al respaldo del sofá para dirigirse a Mrs. Juno.) Si fuera tan amable, querida, de alejar de mí ocasionalmente a mi sentimental esposo, le estaré verdaderamente en deuda: estoy segura que puede usted tolerar el sentimentalismo masculino mejor que yo.

Librodot

(Alejándose, en dirección del hogar.) Por mi parte, haré lo posible por entretener a su excelente esposo cuando se canse de él.

JUNO. -Debo llamar a esto poliandria.

MRS. LUNN. -Preferiría que no se refiriese usted a cosas inocentes en términos ofensivos, Mr. Juno. ¿Cómo denominaría su propia conducta?

JUNO. (Levantándose.) -Le he dicho que ya admití...

GREGORY. -¿Para qué insistir con eso?

MRS. JUNO. (Simultáneamente.) -Oh, no de nuevo, por favor.

MRS. LUNN. -Tops: gritaré si vuelves a decirlo.

JUNO. -¡Oh, de acuerdo, si no han de escucharme...! (Vuelve a sentarse.)

MRS. JUNO. -¿Cómo están las cosas ahora, exactamente? (Mrs. Lunn se encoge de hombros y renuncia al acertijo. Gregory mira a Juno. Juno vuelve su cabeza a otro lado, con indignación.) Quiero decir, ¿qué es lo que vamos a hacer?

MRS. LUNN. -¿Qué sugiere usted, Mr. Juno?

JUNO. -Yo le aconsejaría que se divorcie de su esposo.

MRS. LUNN. -¿Dice que debería llevar a su mujer al juzgado y hacerla caer en desgracia?

JUNO. -No: olvidaba eso. Discúlpeme; pero por un momento pensé que estaba casado con usted.

GREGORY. -Yo opino que mejor deberíamos olvidar lo ocurrido. (A Mrs. Juno, con gran delicadeza.) Usted sabrá perdonarme ¿verdad? ¿Por qué permitir que un momento de descuido vaya a amargar el futuro de nuestras vidas?

MRS. JUNO. -Pero es Mrs. Lunn quien debe perdonarlo.

GREGORY. -Oh, diablos, lo olvidaba. Esto está tornándose ridículo.

MRS. LUNN. -Me está dando hambre.

MRS. JUNO. -¿Le importaría, Mrs. Lunn?

MRS. LUNN. -Mi querida Mrs. Juno, Gregory es uno de esos hombres terriblemente mansos que merecerían tener diez esposas. Si cualquier mujer realmente encantadora se lo llevara ocasionalmente por un día o dos, le estaría sumamente agradecida.

GREGORY. -Seraphita: me hieres hasta el alma. (Lloriquea.)

MRS. LUNN. -¡Te está bien empleado! Te hubiera parecido apropiado que me hiriera a mí hasta al alma.

MRS. JUNO. -¿Se supone que me lleve también a Sibthorpe, Mrs. Lunn?

JUNO. (Levantándose.) -¿Piensan que aprobaré esto?

MRS. JUNO. -Has admitido tu mal proceder. ¿Qué importancia tienen, en definitiva, tus aprobaciones o desaprobaciones?

JUNO. -No he admitido que haya obrado mal. Admití que lo que hice no fue correcto.

GREGORY. -¿Podría explicar la diferencia?

JUNO. -Resulta bastante claro para cualquiera que no sea un idiota. Si me acusan de haber actuado mal, será un insulto. Mas si afirman que algo de lo que he hecho estuvo mal, simplemente traerán a discusión una cuestión de moral. Les advierto terminantemente que si sostienen que he obrado de forma incorrecta, se las verán conmigo. De hecho, pienso que deberíamos enfrentarnos de todas formas. No es que lo desee particularmente; pero creo que Inglaterra nos lo reclama.

GREGORY. -No pelearé. Si usted me venciera, mi esposa presenciaría mi humillación. Si yo lo venciera, ella simpatizaría con usted y me reprocharía por mi brutalidad.

Librodot

MRS. LUNN. -Sin mencionar el hecho de que siendo nosotras seres humanos, y no ciervos o aves de corral, si dos hombres simularan disputarse en nuestro nombre, jamás podríamos volver a hablarle decentemente a cualquiera de ellos.

GREGORY. -Además, ninguno de los dos podría vencer al otro, puesto que ninguno sabe pelear. Únicamente nos dedicaríamos a procurarnos piquetes de ojo, haciendo de nosotros mismos unos idiotas.

JUNO. -Eso no lo concibo. Todo hombre inglés sabe emplear sus puños.

GREGORY. -Usted es inglés. ¿Sabe utilizar sus puños?

JUNO. -Supongo que sí: nunca lo he intentado.

MRS. JUNO. -Jamás me dijiste que no sabías pelear, Tops. Te creía un eximio boxeador.

JUNO. -Mi preciosa: nunca te he dado fundamentos para tales suposiciones.

MRS. JUNO. -Pero siempre te has expresado de un modo que le hacía a una darlo por descontado. Me has hablado con el mayor desprecio acerca de hombres que no tuvieron el coraje de enviar a otros escaleras abajo de un puntapié.

JUNO. -Bueno, no me es posible enviar a Mr. Lunn escaleras abajo de un puntapié. Estamos en la planta baja.

MRS. JUNO. -Podrías arrojarlo a la bahía.

GREGORY. -¿Desea que se me arroje a la bahía?

MRS. JUNO. -No: sólo pretendo demostrarle a Tops que está haciendo el ridículo notablemente.

GREGORY. (Levantándose y paseándose con disgusto entre el sofá y la ventana.) -Todos estamos haciendo el ridículo.

JUNO. (Siguiéndolo) -Bien; si no hemos de pelear, deberé insistir al menos en que jamás volverá usted a hablarle a mi esposa.

GREGORY. -¿Acaso le provoca algún daño el hecho de que yo hable con su esposa?

JUNO. -No. Pero es lo que debe hacerse. (Enfáticamente.) Es *necesario* que nos comportemos con algún grado de decencia.

MRS. LUNN. -¿Y usted nunca volverá a hablar conmigo, Mr. Juno?

JUNO. -Estoy preparado para hacer esa promesa. Creo que su esposo está en completo derecho de demandármelo. Y si, luego de esto, yo volviera a dirigirle a usted la palabra, no sería culpa de él. Se trataría de una violación a mi promesa; y no podría intentar siquiera buscar excusas para mi conducta.

GREGORY. (Enfrentándolo) -Hablaré a su esposa tantas veces como ella me lo permita.

MRS. JUNO. -Yo no tengo ningún inconveniente en que usted me hable, Mr. Lunn.

JUNO. -Entonces me veré obligado a tomar medidas.

GREGORY. -¿Qué medidas?

JUNO. -Medidas. Determinaciones. Resoluciones. Cuantas medidas resulten necesarias.

MRS. LUNN. (A Mrs. Juno.) -¿Puede su esposo permitirse un escándalo?

MRS. JUNO. -No.

MRS. LUNN. -Tampoco el mío.

GREGORY. -Mrs. Juno: lamento realmente haberla hecho pasar por esto. No logro comprender cómo nos las hemos arreglado para que sentimientos como los nuestros, aparentemente hermosos y sagrados, y que auspiciaban tan interesantes y excitantes aventuras, pudieran terminar en vulgares riñas y escenas degradantes.

JUNO. -Me niego a reconocer mi conducta como vulgar o degradante.

GREGORY. -He prometido...

Librodot

JUNO. -Mire, querido muchacho: no pretendo insinuar nada en contra de su madre; y lamento que haya muerto; pero, vamos, la mayoría de las mujeres son madres, y todas morirán en algún momento; ello no es razón suficiente para que se las pueda considerar como autoridades infalibles en cuestiones de moral ¿no es así?

GREGORY. -Yo mismo estaba a punto de decirlo. Permítame agregar que si uno hace ciertas cosas simplemente porque piensa que otro tonto espera que las haga, y éste espera que uno las haga porque piensa que uno espera que él espere que uno las haga, esto terminará con que todos estarán haciendo lo que nadie quiere hacer, lo cual representa, en mi opinión, un estado bastante absurdo de las cosas.

JUNO. - Lunn: amo a su esposa; y eso es definitivo.

GREGORY. - Juno: yo amo a la suya. ¿Qué haremos entonces?

JUNO. -Está claro que ella no debe volver a verlo nunca más.

MRS. JUNO. -¿Por qué no?

JUNO. -¡Por qué no! Mi amor: me sorprendes.

MRS. JUNO. -¿Estoy destinada a poder hablar sólo con hombres a los que les desagrade?

JUNO. -Sí: creo que esa es, para hablar con propiedad, la obligación de una mujer casada.

MRS. JUNO. -Pues entonces no lo haré: es algo tedioso. Me halaga gustarle a los demás. Me gusta ser amada. Quiero que todas las personas alrededor mío me amen. No quiero relacionarme ni hablar con nadie a quien yo no le guste.

JUNO. -Pero, mi preciosa, esta es la inmoralidad más horrible.

MRS. LUNN. -Yo no pretendo renunciar a nuestras relaciones, Mr. Juno. Usted me entretiene formidablemente. No me gusta ser amada: me aburre. Pero sí me gusta que me entretengan.

JUNO. -Espero que continuemos viéndonos muy seguido. Mas espero también que no pretendamos excusar nuestros actos.

MRS. JUNO. (Levantándose.) -Esto es intolerable. Todos aquí anduvimos de amoríos. ¿Es necesario que continuemos desvariando en torno al tema?

JUNO. -No sé a qué llamas desvariando...

MRS. JUNO. (Cortándolo bruscamente.) -Sí que lo sabes. Tú estás desvariando. Mr. Lunn está desvariando. ¿Podemos admitir que somos humanos y terminar de una vez con esto?

JUNO. -Lo he admitido desde un principio. Yo…

MRS. JUNO. (Casi gritando.) -Entonces deja de desvariar.

Suena el batintín de la comida.

MRS. LUNN. (Levantándose.) -¡Gracias al Cielo! Vayamos a cenar. Gregory: acompaña a Mrs. Juno.

GREGORY. -Pero probablemente mi deber sea acompañar a nuestro invitado, y no a mi propia esposa.

MRS. LUNN. -¿Y bien? ¿Acaso Mrs. Juno es tu esposa?

GREGORY. -Oh, por supuesto: mis disculpas. Estoy terriblemente confundido. (Ofrece su brazo a Mrs. Juno, más bien temerosamente.)

MRS. JUNO. -Parece bastante asustado de mí. (Toma su brazo.)

GREGORY. -Lo estoy. Sencillamente la adoro. (Salen juntos; y al tiempo que hacen mutis por la puerta él se vuelve y dice, con voz resonante, a la otra pareja.) Acabo de expresarle a Mrs. Juno que sencillamente la adoro. (Se marcha con aire desafiante.)

MRS. LUNN. (Exclamando, tras él.) -Sí, querido. Ella es un encanto. (A Juno.) Ahora, Sibthorpe.

JUNO. (Ofreciéndole el brazo galantemente) -¡Me ha llamado Sibthorpe! Se lo agradezco. Creo que la conducta de Lunn justifica plenamente que yo le consienta a usted hacerlo.

MRS. LUNN. -Sí: considero que puede usted ahora dejarse llevar.

JUNO. -Seraphita: la venero más allá de lo que podría expresar.

MRS. LUNN. -Sibthorpe: imposible es describir cuánto me entretiene. Vamos. (Marchan juntos a cenar.)

Librodot